

factores externos del trabajo en individuos particulares así como en pequeños gremios, es posible postular una sociedad feliz (siempre que se eliminan también los mecanismos autofrustantes retroalimentados).

En este sentido puede pensarse en un atenuante del antagonismo expresado en términos de un concepto de felicidad como proyecto. El deber que cada hombre tiene de desarrollar sus talentos, así como el de comportarse siguiendo máximas de conducta moral, proporcionarían a cada individuo los elementos para cumplir con su tarea de personificación, desalineación y logro en la satisfacción de sus necesidades. Esta tarea, se podría objetar, requiere un plazo infinito. Es cierto. Sin embargo la felicidad humana no puede ser sino incompleta y provisional. En la construcción de una relativa "perfección" humana la irrupción de la muerte puede verse incluso, a la manera de Thomas Mann, como una corona de la vida. La concepción del mundo freudiano muestra su ascendente aristotélico en la medida que promueve un equilibrio entre las necesidades, deseos, etc., y sus satisfacciones.

La respuesta que da Freud al problema de la eticidad ha de verse al trazo de su concepto de la esencia humana pliegada (inconsciente - consciente) y dual (antagonismo individuo - cultura). Sin embargo sus planteamientos no alcanzan nunca una meta - ética. La fecundidad y relevancia filosófica del pensamiento freudiano, lúcidamente mostrada por Kolteniuk, pertenece más a la antropología filosófica, a una poderosa visión del mundo o *Weftauschung* y, acaso, a una ontología, de las que se desprende una "ética del yo" que destaca el concepto de *libertad* (como posibilidad de indeterminación del ser humano), gozne sobre el cual el hombre puede escapar a toda forma de determinismo exterior temporal. Porque el hombre, aunque hecho en la trama de la memoria, puede librarse de ella, romper con la cadena de repeticiones en la que está imbricado, pues es también *el otro*, el que no ha visto aún pero lo aguarda, ya sin recelo, en el mañana. Parafrasando un poco a Freud podríamos decir que no es feliz

quien ha perdido la felicidad y lo lamenta, sino aquel que desea ser feliz (entendida la felicidad, claro, como un proyecto quizás inalcanzable, probablemente infinito). Sin embargo cabe aún hacer un par de cuestionamientos finales. Puede pensarse, como lo hizo Kant, que el hombre no está trazado para la felicidad. Si suponemos una finalidad en toda la naturaleza, esta tarea la llevaría a cabo con mayor puntualidad el instinto y no la razón práctica. Aclarar cuál es el papel de la razón práctica en el esquema metapsicológico de Freud y en la concepción ética que de aquél se deriva, me parece una cuestión realmente meta - ética que urge una respuesta. El incansable apetito intelectual de Kolteniuk quizás nos proponga en un próximo volumen el ensanchamiento de la disputa filosófica en el centro mismo de la doctrina psicoanalítica. Por lo pronto tenemos ya en el libro *Cultura e Individuo* el ruedo sobre el cual han de partirse algunas lanzas de la filosofía y de la metapsicología.

La vida (a)lleva

EL INCIDENTE

Cuando llegué a México, me ofrecieron que hiciese crítica de pintura. Y en seguida cometí la ingenuidad de ocuparme, en «Letras de México», de una exposición de retratos de pintores mexicanos. No es que yo zahiriase la obra presentada por Diego Rivera, que era curiosamente buena, pero cometí el desliz de hablar con entusiasmo, mucho más largo y tendido, del retrato que presentaba Orozco. Para Rivera, su compañero Orozco era un enemigo no declarado, un ser que no le dejaba dormir.

En consecuencia, Diego Rivera montó en cólera. Pero, cosa muy propia de él, no atacó inmediatamente. Supo esperar una ocasión menos directa. Y ésta llegó bajo la forma de una nota mía, publicada por «El hijo pródigo», en torno a Guadalupe Posada. Eran unas líneas sinceras y elogiosas, pero, claro, mal podía yo admitir como válido lo que Rivera había dicho: que Posada era muy superior a Goya. Posada es un grabador delicioso, que maneja personajes precisos con la habilidad que utiliza el cajista de imprenta para jugar rectamente con los tipos. A Rivera, disimulando el motivo verdadero, le dio el ataque.

E intentó incluso que me expulsaran del país ante gentes que ni siquiera sabían quién era yo. ¡Me acusaba de haber mancillado la bandera nacional...! Menos mal que los mexicanos amigos, de Octavio Paz a Xavier Villaurrutia, me defendieron hasta las últimas consecuencias. Pero yo me retiré de los periódicos y las revistas y, en catorce años que residí en ese país admirable que es México, sólo hice dos exposiciones. No era por miedo a Rivera, pero sí por temor a que lo mexicano fraternal se me emborroneara al menor descuido. El creyó que mi actitud era la de un conquistador, cuando lo cierto es que yo llegaba a México destrozado: en un bombardeo, al ir a salir de España, acababa de perder a mi mujer.

Por lo demás, la pintura de Diego Rivera se ha quedado como una ilustración plana, decorativa y fingidamente ingenua. Orozco sí fue un pintor de raza. Y Tamayo, aun siguiendo las modas que se estilaban, surgió más tarde como dueño de un timbre genuinamente mexicano: el color limpio del pueblo de México.

Ramón Gaya